

2019-04-01

La ciudadanía del hombre compasional

Hernán Ferney Rodríguez García

Universidad de La Salle, Bogotá, hfrodriguez@unisalle.edu.co

Alejandra Liliana Olarte Fernández

Universidad de La Salle, Bogotá, alolarte@unisalle.edu.co

Iván Ramón Rodríguez Benavides

Universidad de La Salle, Bogotá, ivrodriguez@unisalle.edu.co

Paula Andrea Dejanon Bonilla

Universidad de La Salle, Bogotá, pdejanonb@unisalle.edu.co

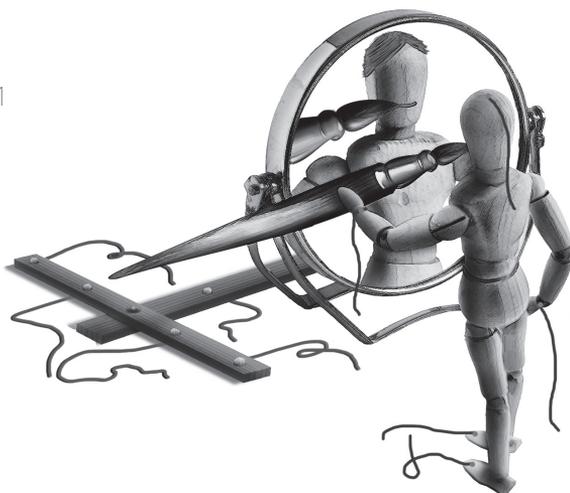
Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rodríguez García, H. F., A.L. Olarte Fernández, I.R. Rodríguez Benavides, y P.A. Dejanon Bonilla (2019). La ciudadanía del hombre compasional. *Revista de la Universidad de La Salle*, (80), 171-180.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La ciudadanía del *hombre* *compasional**



Hernán Ferney Rodríguez García**
Alejandra Liliana Olarte Fernández***
Iván Ramón Rodríguez Benavides****
Paula Andrea Dejanon Bonilla*****

■ Resumen

Este artículo presenta una reflexión en torno a la construcción de ciudadanía, a partir de un diálogo entre la filosofía y la literatura, con el fin de

* El presente artículo hace parte de los resultados de la investigación del proyecto disciplinar Teoría y praxis literaria y filosófica en la construcción de ciudadanía [N. 820110], financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Transferencia de la Universidad de La Salle.

** Profesional en Filosofía y Letras y magíster en Filosofía de la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.). Doctorando en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.). Docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: hferrodriguez@unisalle.edu.co

*** Literata de la Universidad de los Andes (Bogotá, D. C.). Magíster y doctora en Literatura Latinoamericana de State University of New York (Albany, Estados Unidos). Profesora de Literatura en la Facultad de Filosofía y Humanidades y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: alolarte@unisalle.edu.co

**** Licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.), Magíster en Filosofía de la Universidad de los Andes (Bogotá, D. C.) y doctor en Filosofía de la Universidad de Barcelona (Barcelona, España). Profesor asociado de la Facultad de Filosofía y Humanidades y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización de la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.). Correo electrónico: ivrodriguez@unisalle.edu.co

***** Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, D. C.). Magíster y doctora en Letras Modernas de la Universidad Iberoamericana (Ciudad de México) y doctoranda en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades y miembro del grupo de investigación Filosofía, Cultura y Globalización de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: pdejanonb@unisalle.edu.co

encontrar ese entre nos que las relaciona y los modos en que afectan a los sujetos. En particular, el documento se centra en la comprensión del mal político, a través de la posibilidad de situarlo. Este ejercicio permite que se haga un juicio sobre las acciones que acometen los hombres y los marcos de interpretación que configura el poder para dominarlos. Una vez se reconoce este dominio, se da paso a la idea del *hombre compasional*, como aquel que puede ejercer un tipo de ciudadanía diferente, que ataca la idea de servidumbre voluntaria y la esclavitud que se promueven. La intención central está acompañada por la caracterización de las acciones del hombre y su posibilidad de ser un perturbador, capaz de mantener la política y la democracia en continuo movimiento.

Palabras clave: filosofía, literatura, ciudadanía, hombre compasional.

Discusión

En los últimos dos siglos han sido variopintas las ideas acerca de los modelos de democracia que se podrían erigir como los modos alternativos para contribuir a mejorar la situación política, económica, social y de violencia. Sin embargo, parece que todas las teorías complementarias olvidan situar o caracterizar de forma óptima y oportuna el tipo de ciudadano que piensan. Por ende, resulta difícil hacer un rastreo reflexivo de las características más apremiantes y los modos de actuar del hombre que lo lleven a pertenecer a una comunidad política ampliada.

Cabe recordar que la necesidad de elaborar juicios está ligada de manera directa a la acción; en otras palabras, es imposible hacer una lectura epistémica sensata que origine un juicio sin saber las acciones directas que puede ejecutar un individuo. Por tanto, para no caer en reduccionismos, es pertinente caracterizar al ciudadano y su influencia en la política. En este sentido, nos valemos del concepto que se configura como el mal político para mostrar los modos en que arriba la ciudadanía del *hombre compasional* como un factor perturbador en la escena pública (Revault, 2009).

Cuando aludimos al mal político, en aras de distanciarnos de la ciencia política y los autores que la representan, como Wolfe (2013), tenemos la intención de situarlo, de darle un espacio, para no caer en abstracciones. Asimismo, intentamos enunciar el sujeto de la acción. En este sentido, al hablar de un mal situado, buscamos su comprensión como fenómeno de análisis para no caer en el espacio de las injusticias testimoniales y hermenéuticas (Fricker, 2017).

El concepto de mal político tiene la particularidad de mostrar los modos en que actúa el poder gracias a la falibilidad de los hombres (Ricoeur, 2004), el uso de los cuerpos (Agamben, 2017) y la servidumbre voluntaria (La Boétie, 2016). En síntesis, estamos ante lo que hemos denominado la esclavitud del mal. Somos esclavos de ese mal, de los marcos de interpretación que produce y de la poca o nula resistencia que oponemos ante un fenómeno que modula y condiciona nuestra forma de actuar, interactuar y leer desde la hermenéutica lo que nos rodea hasta el punto de poner en vilo la posibilidad de compartir el mundo con otros (Tubino, 2009).

Frente al gran abismo que supone la esclavitud del mal, el cual no para de extenderse y corroe hasta la más mínima posibilidad de hablar de un mundo común (Thomä, 2018), de una comunidad política, es vital orientar una especie de enfrentamiento que encare las problemáticas que convoca este tipo de reduccionismo. Para ello, nos hemos centrado en la idea de *desaprender para aprender lo humano* (Rodríguez, 2016), a través de lo que hemos llamado la ciudadanía del *hombre compasional*. La idea es sencilla y parte de dejar de echarles la culpa a otros y asumir nuestra responsabilidad en relación con todos los fenómenos que han propiciado la desarmonía de la situación en que nos encontramos.

La modificación de nuestros juicios con respecto a los otros y los problemas que enfrenta la democracia ya no puede ser solo un asunto de los gobiernos fallidos, de la falta de institucionalidad o de su incompetencia, de los políticos corruptos y tráfugas, tampoco de la aspiración continua a niveles de igualación. Es más sensato afirmar que nosotros, en lo individual, somos parte de ese entramado de responsabilidad y, por ende, somos los promotores de su modificación

(Arendt, 2007b). Estamos ante la posibilidad de dejar de ser espectadores indiferentes para convertirnos en actores comprometidos (Sofsky, 2006).

El cambio solo llegará cuando exista la intención de comprender lo que nos sucede, situar el mal del que somos partícipes y aceptar las repercusiones que esto supone (Arendt, 2005, 2010). El *hombre compasional* es el resultado de una modificación en los modos de relacionarse con los otros (Revault, 2010). Por esto, para que se comprenda lo que se trata de argumentar, dispondremos de la imaginación propia del sujeto, de esta manera, se podrá advertir la hipótesis de sentido que se quiere señalar.

Imagine por un momento que dejamos atrás el hecho de pensar que una democracia puede ser más radical que otra, el hecho de creernos vindicatorios, de considerar que nuestro argumento es el más efectivo, que nuestro estatus está por encima del de los demás —al ser engranajes directos de la burocracia—, que tenemos más títulos, afán de dinero, gustos, intersticios, avaricia, envidias, odios, en fin... Imagine que nada de eso importa, que nada de eso es vital para nuestra subsistencia.

Si pudiéramos desaparecer los resquicios que dividen a los hombres y muestran las diferencias extremas que existen entre cada uno, tal vez, quedaría el hombre desnudo, la humanidad descubierta. Aunque parece que el hombre desnudo no es nadie, porque no responde a una identidad y no se puede atrever a pelear por una idea ni a vivir según sus ideales, gustando de los placeres que más le llaman la atención, esto no es así del todo. Al tener a ese hombre al descubierto, que puede ser todos o cualquiera, hablar de las tareas del *hombre compasional* resulta un poco más eficaz.

Ahora, suponga que, con una paleta de colores, sabores, pensamientos, responsabilidades, estatus y todo lo demás que hace parte de su vida y sus anhelos, comienzan a dibujar sobre su cuerpo el hombre que quiere ser, con las características que le place tener, como siempre las ha añorado. Es posible que el resultado cambie o no con respecto a su versión actual. Como usted se pudo dar los matices que quiso, tiene que aceptar los que se dieron los demás.

Así, tan fácil, con la expresión que utilizan los magos: ¡itarán! Esto, que parece sencillo, pero es difícil, representa al *hombre compasional*, a tal punto que no se tendría que decir nada más al respecto. Pero, como pueden existir un sinnúmero de preguntas, lo más sensato es explicitar esta idea.

El mundo y sus constantes rupturas nos han hecho partícipes de una fuerte relación vertical, en la que unos son amos y otros esclavos; unos ostentan el poder y otros lo padecen (Hegel, 2010). Quienes se sitúan abajo en la pirámide siempre deben ser los responsables del disfrute continuo de aquellos que tienen un mejor estatus, dado que pueden pagar por ello (Swaan, 2015). Esa desafortunada instalación en alguna parte de la pirámide suele contemplar que, quienes están abajo, querrán subir u ocupar el lugar que poseen los otros.

Nuestro mayor problema como hombres no está cimentado en el hecho de odiar que a los otros les vaya bien, sino en la idea de que les vaya mejor. Por ello, nuestros modos de relación se jactan de gozar con el mal ajeno (Smith, 2016). Para medio igualar estos distanciamientos han existido miles de formas, enmascaradas por un altruismo basado en compadecerse del otro, ser solidario, apiadarse (Rousseau, 2005). Sin embargo, con una lectura de estas prácticas se pone en evidencia que el problema está en apiadarse del marginado y pensarse como el salvador de sus miserias. En vez de acotar la ruptura, esta relación produce un vacío más extenso, con el que se devela, en específico, una profunda relación desigual: *quien tiene el poder de acallar el llanto y quien lo sufre* (Revault, 2009).

Podemos pensar que la piedad y la compasión se amparan en la mejor de las intenciones; no sería tan fácil objetar esto. Sin embargo, tampoco vale la pena hacerlo, porque eso llevaría a suponer que seguimos pensando los problemas políticos en términos morales y, por la comunidad académica, se conocen los inconvenientes que contienen estos presupuestos (Mouffe, 2011). La ciudadanía del *hombre compasional* teje de manera distinta las relaciones políticas entre los hombres, dado que apela a la noción de sentimiento político (Revault, 2009), el cual permite reconocer a los otros (Honneth, 1997), sobre todo, sin la necesidad de ejercer prejuicios, estereotipar, subyugar, coaccionar ni salvar;

es decir, evita las injusticias epistémicas en sus acepciones testimoniales y hermenéuticas (Fricker, 2017).

¿Qué nos debe arrastrar a conmovernos con el sufrimiento del otro? Aunque esta pregunta agrupa variadas respuestas, desde la concepción del *hombre compasional* cabe decir que nos afecta el hecho de querer comprender al otro como semejante, como un hombre que puede compartir un espacio con las mismas características (Arendt, 2007a). Así, se advierte la posibilidad de tener una igualación de las condiciones mínimas, es decir, ni esclavos ni amos, sino seres humanos capaces y reconocidos. Con esto, no solo se alienta una forma de gobierno o de salvavidas de los hombres, además, se entiende que todos comparten un mínimo de capacidades y, por ende, tienen las mismas oportunidades de desarrollarlas; sin excluir sus pasiones propias y comunes.

Una sociedad democrática es aquella que puede ser móvil. Esto no tiene que estar reservado al hecho de que todos sean iguales en términos económicos o intelectuales; se trata de la posibilidad de que no se les restrinja ni vitupere por nacer en una cuna específica. La cuestión indica comprender que no existen amos ni siervos. Con esta movilidad, el amo deja de ser el único hombre reconocido, gracias a que cualquier hombre, por su condición de humano, goza del mismo beneficio.

De esta manera, lo que se transforma son los deseos, pasiones y aspiraciones que impulsan a encasillar a los otros. La cuestión radica en desatender cualquier situación que se perciba como un privilegio. Está claro que, en el plano de las relaciones humanas, el mal político actúa por las distancias que se ponen de modo accidental entre los hombres: unos poseen la riqueza y otros son pobres en extremo; unos mandan y otros obedecen; unos se defienden a toda costa para no perder lo que poseen y otros se matan entre sí para escalar y alcanzar el poder que tienen los que dominan. Esta suerte de ideas ni siquiera permiten una igualdad imaginaria, debido a que la lucha se libra a diario en torno al concepto práctico de supervivencia. Así, las desigualdades se configuran como las condiciones que reinan en lo cotidiano de los hombres (Butler, 2017).

El cambio está en la mirada recíproca que los hombres pueden dirigir sobre los otros y sobre sí mismos. Cada cual se reconoce como semejante del otro. Este proceso indica un asentimiento indiferenciado, indistinto. Lo anterior va en contravía de los parámetros y prejuicios que estipulan los grupos de identificación y desidentificación (Swaan, 2015). Sin embargo, la mirada que se da y recibe no se consigna como una forma de uniformar u homogeneizar, porque el *hombre compasional* es aquel que está en capacidad de resaltar la singularidad de los otros en una lógica de distinciones sobre su ser universal compartido. Con esto, el basamento disposicional, mental y afectivo sustenta la idea de un *hombre compasional*.

Dado que, muchas veces, el lazo de las relaciones humanas se expande y estrecha según las conveniencias particulares que desatienden los afanes comunes, se impide un actuar libre y legítimo (Rousseau, 2005). Esto hace pensar que cada hombre, en su tarea de querer labrarse un destino, abandona las afecciones de los otros y repliega la vida común a la esfera de la privada, de su propio corazón. En consecuencia, pierde la intención de posicionar una *socialidad* democrática (Revault, 2009). Por ello, la tarea del *hombre compasional* está en producir una movilidad capaz de modificar las nociones ambiguas de la solidaridad —una ayuda piadosa— para recomponer el aislamiento de los hombres en una especie de *socialidad*, entendida como una sensibilidad para con el otro al que se considera semejante, ligada a una postura *compasional* que muestra las inquietudes que se tienen sobre sí mismo.

La relación reducida del contacto con otros se expresa a través de fenómenos inéditos que sitúan a los hombres en una especie de vivencias anónimas, cero compartidas, cero empáticas (Prada y Rodríguez, 2018). Al igual que en el caso de las enfermedades autoinmunes, en las que el sistema defensivo del sujeto ataca su propio cuerpo, los hombres buscan formas de *autoherirse*, con lo cual generan condiciones precarias de asilamiento y se convierten en los culpables directos de su exclusión, desinserción y desafiliación del mundo.

A manera de conclusión

La piedad no dispone al hombre para una acción política; la acción *compasional* sí lo hace. La actitud *compasional* contrarresta los efectos perversos y degradantes del mal político, en tanto se comprenda como un sentimiento capaz de llevarlo al lugar de la disrupción (Thomä, 2018). Aunque en principio se entienda como una posición individualista que modifica la relación con el otro y produce aislamiento y apatía, lo cierto es que todo este proceso se encuentra abierto a la no radicalización de rasgos o patologías propios de ciertos individuos.

La comprensión de la pluralidad, como expresa Arendt (2007a), permite que el hombre no se repliegue en ideas que olvidan a los otros y se complacen en el poder que ejerce la tiranía. Por consiguiente, la preservación no solo de la vida propia, sino de la vida en común, supone un nivel de pertenencia, de desencuadre de todo poder dominante, de complacencia en lo colectivo. Cuando un hombre con sentido político actúa, se reconoce como partícipe de un tejido social que lo acoge y frente al cual debe escalar, con la intención de generar transformaciones. Cabe advertir y recordar, que el *hombre compasional* no emerge como un salvavidas o mesías que actúa como salvador de la humanidad: más que las metamorfosis sociales basadas en una esperanza apocalíptica, atiende un sentido político que se fundamenta en un enfrentamiento comprensivo de los fenómenos de precariedad y exclusión, propios de cualquier prejuicio o estereotipación.

La falta de movilidad recrudece la posibilidad de sentirse miembro de una comunidad política que reconoce a los otros. La desaparición de los modos de pertenencia y afiliación supone una serie de inestabilidades, seguridades baldías, precariedades, vulnerabilidades e indignidades. En consecuencia, denegar el reconocimiento puede afectar de manera recíproca, porque, si el hombre no reconoce a otros, resulta difícil que esto funcione a la inversa. Esa sensación de inutilidad pone de relieve las mutaciones que genera el poder en los hombres y la apacibilidad con la que ellos entregan su libertad; la ceden para ser sirvientes voluntarios (La Boétie, 2016). De esta forma, los hombres habitan en medio de marcos de interpretación dominados por la idea de sufrimiento:

sus temas recurrentes son la denegación de reconocimiento, la sensación de inutilidad y hasta la indignidad, y ello, ya se trate del malestar laboral para los menos calificados o de las dificultades de quienes son expulsados a los márgenes del espacio social compartidos: los desocupados crónicos, los jóvenes sin empleo, los subsidiados. Así pues, el lenguaje de la injusticia colectiva ha dado paso al del sufrimiento social: la expresión de esta vivencia concreta y singular se expone de entrada en la mirada compasional, pero una mirada desprovista de ambivalencia. Ella sitúa en posición de asistidos a aquellos quienes toman por objetos y los instala en una forma de 'dignidad' cuya responsabilidad podrá serles atribuida. El fracaso es imputable, pues, a los individuos, que al fin y al cabo merecen su suerte. (Revault, 2009, p. 36)

De esta forma, la actitud *compasional* y el sentimiento político que sugiere se basan en la apelación inicial de hacer que el otro salga de su condición de asistencia de cara a sobreponerse a las dificultades por sí mismo; es decir, en principio, es una salida que demanda tomar la iniciativa en una apuesta por la autonomía, por llevar las riendas de la vida y de las acciones.

Todos los hombres están en capacidad de dejar la política asistencialista desde la cual se intenta dominarlos, puesto que, valiéndose de la comprensión arendtiana, pueden generar una conciencia que permite un esfuerzo de socialización. Ese volver al mundo produce relaciones fraternas que hacen del sentimiento político uno de apropiación que los sitúa de manera distinta en el mundo común y apuesta por la ciudadanía del *hombre compasional*.

Referencias

- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Arendt, H. (2005). *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid: Caparrós.
- Arendt, H. (2007a). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2007b). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2010). *Lo que quiero es comprender*. Madrid: Trotta.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós.
- Hegel, G. (2010). *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Abada.

- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.
- La Boétie, E. (2016). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Madrid: Tecnos.
- Mouffe, C. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Prada, A. y Rodríguez, H. (2018). Empatía cero: los perpetradores del mal. *Equidad y Desarrollo*, (32), 79-99.
- Revault, M. (2009). *El hombre compasional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Revault, M. (2010). *Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ricoeur, P. (2004). *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Trotta.
- Rodríguez, H. (2016). Desaprender para aprender lo humano. *Revista de la Universidad de La Salle*, (70), 101-112.
- Rousseau, J. (2005). *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*. Madrid: Tecnos.
- Smith, R. (2016). *Schadenfreude: la dicha por el mal ajeno y el lado oscuro de la naturaleza humana*. Madrid: Alianza.
- Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. Madrid: Abada.
- Swaan, A. (2015). *Dividir para matar. Una exploración de la mentalidad genocida*. Bogotá, D. C.: Semana.
- Thomä, D. (2018). *Puer robustus. Una filosofía del perturbador*. Barcelona: Herder.
- Tubino, F. (2009). Aportes de la hermenéutica diatópica al diálogo intercultural sobre los derechos humanos. En C. Monteagudo y F. Tubino (eds.) *Hermenéutica en diálogo. Ensayos sobre alteridad, lenguaje e interculturalidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Wolfe, A. (2013). *La maldad política. Qué es y cómo combatirla*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.